

# 4. CYBORGS Y FEMINISMOS. APORTES PARA PENSAR DESDE LAS FRONTERAS

Morena Goñi<sup>1</sup>

Fecha de recepción: 31/07/2021

Fecha de aceptación: 31/08/2021



## | Resumen

En las siguientes páginas abordaremos la problemática del cyborg en una parábola que va de la *doxa* a la *episteme*. En primer lugar, señalaremos los orígenes históricos-ficcionales del cyborg y las contribuciones de la tecnociencia para erigirlo como una figura de espectacularidad transhumanista. Luego esbozaremos la reapropiación del término por parte de las corrientes feministas posestructuralistas y los nuevos materialismos, situando contextualmente el advenimiento de estos feminismos sobre la base de objeción a la taxonomía sexo-genérica. Asimismo, modularemos el pasaje de la problematización de la identidad de género a la problematización de la identidad en su totalidad, hecho que infiere una crítica vertebral a la ontología y la epistemología antropocéntrica. A continuación, ofreceremos un repaso por las principales nociones del *Manifiesto Cyborg* y el

---

<sup>1</sup> Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), doctoranda en Ciencias Sociales (UNER), Auxiliar de 1ra categoría en la cátedra Espacio y Sociedad de las carreras de Historia y Antropología, Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Miembro del Centro de Investigaciones Sociales y Políticas (CISPO) (FCEDU-UNER). Dirección de contacto: morenagoni@gmail.com

pensamiento tentacular de Donna Haraway, esgrimiendo el encuentro entre la biología y la informática en la teoría de la codificación y la textualización del cuerpo. Todas las partes están suturadas con la noción de cyborg como dispositivo heurístico, su transmutación de metáfora militarista a figura teratológica, la relación con lo otro y la pretensión de constituir un aporte a las epistemologías situadas, encarnadas y no naturalistas.

**Palabras clave:** *cyborg; frontera; feminismos posestructuralistas; conocimiento situado.*

## | Abstract

In the following pages we will address the cyborg problem in a parable that goes from *doxa* to *episteme*. First of all, we will point out the historical-fictional origins of the cyborg and the contributions of technoscience to constitute it as a figure of transhumanist spectacularism. Then we will outline the reappropriation of the term by the poststructuralist feminist currents and the new materialisms, situating the advent of these feminisms on the basis of objection to the sex-generic taxonomy. In addition, we will modulate the passage from the gender identity problematization to identity problematization as a whole, a fact that leads to a vertebral critique of ontology and anthropocentric epistemology. Next, we will offer a review of the main notions of the *Cyborg Manifesto* and Donna Haraway's tentacular thought, wielding the encounter between biology and computer science in coding theory and body textualization. Every part is sutured by the notion of cyborg as a heuristic device, its transmutation from militaristic metaphor to a teratological figure, the encounter with otherness and the claim to constitute a contribution to situated, embodied and non-naturalistic epistemologies.

**Keywords:** *cyborg; borderlands; poststructuralist feminisms; situated knowledge.*

Cita: Goñi, M., 2021. "Cyborgs y feminismos. Aportes para pensar desde las fronteras" (pp.79-106). En: Alicia Genolet (Coord.), *Dossier: "Indagar con perspectiva de género: feminismos, disidencias y disputas contemporáneas"* *Tiempo de Gestión* N° 29 (Vol. II), FCG-UADER, Paraná.

## Introducción

Las páginas siguientes constituyen un esfuerzo por brindar un aporte ontológico, epistemológico y político a un habitar situado y anti esencialista. Algunos podrán preguntarse con pertinencia por qué volver sobre lo cyborg cuando han pasado casi cuatro décadas desde la publicación del clásico *Manifiesto cyborg* de Donna Haraway, e incluso cuando la misma autora ha apostado a otras conceptualizaciones en su lugar. A pesar de lo poco contemporáneo del término, creemos que la pertinencia de lo cyborg no ha claudicado, sino que, por el contrario, escala en importancia conforme pasan los años. Esbozaremos algunos de los motivos.

En la década del setenta Donna Haraway habitaba una cotidianidad de entornos informáticos. Como ella misma menciona, convivir con diseñadores de software y programadores le proveyó un sistema informático de avanzada incluso antes de tener teléfono o de prestar atención a cualquier otra necesidad eléctrica (Terranova, 2016). Haraway conocía de primera mano los ordenadores y la tecnología digital en una época en la que pocos hogares contaban con televisores. Tal vez la contingencia de transitar cotidianamente un espacio de plena cultura digital haya sido una condición de posibilidad para que los lineamientos del *Manifiesto* no resulten anacrónicos y sigan teniendo vigencia en la sociedad informática. Con el paso de los años la obra ha adquirido madurez porque la ontología cyborg describe un estado de situación actual, propio de la sociedad informática.

Asimismo, la figura del cyborg goza de gran presencia en la actualidad por el auge de la tecnociencia. El transhumanismo -fenómeno poco inferible algunas décadas atrás-, en sus ramas biotecnológicas e informáticas, se ha vuelto experimentable en lo cotidiano. Sus nociones se han divulgado hacia múltiples ámbitos semióticos, entre algunos, el *mainstream* cinematográfico. Con ello el cyborg se ha difundido como una figura que reactualiza los ideales militaristas, masculinistas y tecnófilos de sus orígenes. Frente al emerger de este cyborg modulado en términos de ruptura, como una suerte de super-hombre, resulta imprescindible retomar la noción de cyborg delineado por Haraway. Éste propone una continuidad humano-máquina, evadiendo el falso antagonismo entre tecnofobia y tecnofilia. Ante la utopía colonialista, futurista y científicista del cyborg de la *doxa*, el cyborg de la *episteme* enarbola una utopía del cuidado de los cuerpos frágiles.

Finalmente, somos testigos de la relevancia que ha ido adquiriendo el movimiento feminista en

los últimos años. Algunas de las consignas esbozadas por las referentes de la tercera ola han encarnado en un movimiento político cada vez más inclusivo, tal como lo refleja las siglas LGBTQ+. En este contexto ciertas tendencias radicales inter y trans excluyente han emergido para defender una noción de mujer sujeta al biologicismo, vulnerando los derechos de aquellas subjetividades que no se circunscriben a una vinculación cis género. Ante la emergencia de las denominadas *TERF* o *radfem* consideramos pertinente revelar que el carácter de hibridación propio de los cuerpos inter-trans no es exclusivo de ellos. El cyborg nos provee los insumos necesarios para semantizar a las personas que eligen "cortocircuitar" el proceso de producción de cuerpos heterosexuales u homosexuales (Preciado, 2007: 112), pero también a todas aquellas que deciden no hacerlo. Situarse en la frontera permite mostrar la proximidad con la otredad, y recalcar que todos los cuerpos -cis, trans, inter- se performan con técnicas discursivas, semióticas, cosméticas, endocrinológicas, farmacológicas, digitales o quirúrgicas, y que incluso en los reductos de la más inapelable "naturalidad" -como el cuerpo sexuado- opera la cultura. En otras palabras, todos los cuerpos están intervenidos.

Para desandar estos fundamentos hemos dividido el trabajo en cuatro apartados que recorren la noción de cyborg desde la *doxa* hacia la *episteme*. En el primer apartado revisamos los orígenes de la noción y proponemos un breve recorrido histórico. En él daremos cuenta del contexto biotecnológico y transhumanista que perfiló el cyborg de la *doxa*, constituido de forma espectacular y en relación de ruptura con la "naturaleza" de lo humano. En el segundo y tercer apartado reconstruiremos el contexto del surgimiento de los feminismos posestructuralistas y sus principales lineamientos, en particular su crítica a la naturalidad del cuerpo sexuado y la ontología del humanismo antropocéntrico. En los últimos dos proponemos visitar la obra de Donna Haraway, haciendo hincapié en la noción de cyborg como dispositivo heurístico y remarcando las propuestas de cruce entre biología, informática y ficción, la teoría de la codificación y la textualización del cuerpo. En su conjunto el trabajo pretende constituir un aporte más hacia versiones situadas y no naturalistas de la experiencia.

## El cyborg de la *doxa*

Al escuchar la palabra cyborg emerge un abanico impreciso de posibilidades. Robots, androides,

hackers, metales, cables y computadoras son algunas de las imágenes alrededor de este concepto. La profusión de representaciones encuentra cierto asidero en la figura de un varón, adulto, musculoso, adiestrado en alguna disciplina de combate, con dispositivos tecnológicos implantados en el cuerpo. En cierta medida ha sido la ciencia ficción y su *mainstream* cinematográfico el encargado de difundir este imaginario: Robocop es un cyborg, Terminator y Darth Vader también. Sin embargo, no todo es ciborg: 3PO, R2D2 o E-Wally son inteligencias artificiales. Mientras que los primeros conservan elementos orgánicos, los segundos tienen una composición enteramente sintética.

Como lo anticipa su etimología, *cyb* –'cibernético'- *org* –'organismo'-, un cyborg es un organismo cibernético, un híbrido compuesto de materia orgánica y maquina. El concepto fue acuñado durante la Guerra Fría cuando el neurocientífico Manfred Clynes y el psiquiatra Nathan Kline publicaron el artículo "Cyborgs and Space" (1960). En él se hacía referencia a un hombre modificado a través de cirugías, fármacos y acoples tecnológicos para adaptar sus funciones homeostáticas a ambientes hostiles. La dificultad inherente a encapsular entornos artificiales llevó a los científicos a sugerir modificaciones al interior del cuerpo, no a su alrededor. Algunas sugerían la internalización de bombas de presión para la administración ininterrumpida de fármacos; el control de la función vestibular; la introyección de pilas nucleares para circular el oxígeno prescindiendo de la actividad pulmonar; la reutilización de desechos por vía intravenosa, entre otros (Clynes y Kline, 1960). El cyborg es una entidad capaz de regular sus funciones de forma autónoma e inconsciente, sin necesidad de recurrir a la asistencia externa como eventualmente demanda una inteligencia artificial. Las modificaciones fisiológicas, bioquímicas y electrónicas restituyen un atributo demarcado como elemental de la ontología humana: la autopoiesis. Ésta refiere a la capacidad de un sistema de reproducirse, regularse y mantenerse de forma autónoma, sin necesidad de asistencia por parte de terceros.

Durante este período la puja por la hegemonía entre las dos potencias mundiales obligaba a una tecnificación constante. La megalomanía del hombre desarrollaba su paroxismo en uno de los eventos más espectaculares de la historia, la carrera por la conquista del espacio exterior. El satélite Sputnik, la perra Laika, el primer vuelo orbital, los alunizajes, las misiones a Marte. La disputa encontraba como horizonte de sentido el cientificismo. En esa narrativa se esgrimía una teleología en

la que la naturaleza orgánica del ser humano era entendida como limitante, finita. Se pretendía generar un cambio sustancial sobre los cuerpos, interviniendo la evolución biológica tecnológicamente, sin necesidad de esperar años de adaptación. Entre ciencia y ficción se modeló un cyborg de perfil militarista, tecnófilo e industrialista, cercano a la idea de *mejora* y *superación* de lo humano.

No obstante, la figura del cyborg era aún incipiente. Para entonces, las tecnologías analógicas, mecánicas y electrónicas hegemonizaban el imaginario. Las inteligencias artificiales -en sus formas de robot, androide o ginoide- eran los personajes que alimentaban la ciencia y la ficción de la sociedad industrial (Sibila, 2009). Es importante advertir que, a los fines de señalar figuras retóricas, imaginarios o metáforas que operan sobre lo real, es indistinto enunciar si su procedencia es científica o ficcional. Precisamente el término "ciencia-ficción" sintetiza la tensión de esa pretendida ambigüedad. Las ficciones utópicas, distópicas, apocalípticas o ucrónicas, son espacios porosos que no se limitan a anticipar o representar el devenir científico, sino, en muchos casos, a producirlo<sup>2</sup>. No se trata de una determinación lineal entre los desarrollos técnicos y el ámbito ficcional sino de una red de ensamblajes, en cuyos nudos se cataliza, refracta y performa la realidad. La ficción no representa la realidad, es un fragmento de ella.

En este sentido, el robot emergió del ámbito teatral en las primeras décadas del siglo pero rápidamente lo excedió. Como su etimología lo anticipa, su función era *servir* al hombre, asistirlo en sus tareas. Su espacio era la arquitectura fordista, las cadenas de montaje, los tornillos y los metales, con una gestión ortopédica del poder. Algunos años más tarde el refinamiento técnico despuntó hacia el androide y la ginoide, dos figuras que no sólo asistían, sino que emulaban al hombre. Aunque la máquina se tornaba cada vez más idéntica a la figura del hombre, continuaba siendo algo manifiestamente externo a él (Lorca, 2010). La problemática con el *otro* maquinal, entonces, se grafica en una relación de original y copia.

Esa relación de mismidad-alteridad entre la tecnología y el hombre se complejizó con la

---

<sup>2</sup> Los ingenieros en robótica han admitido que la película *Blade Runner* (1982) fue mucho más significativa para el desarrollo del campo que cualquier aporte académico o científico. El peso performativo de la ficción también puede ratificarse en términos como "robot", "virus informático", "ciberespacio", que, a pesar de tener una aceptación total en el mundo científico, fueron gestados en el campo literario.

decadencia del capitalismo industrial. La sociedad postfordista resemantizó el cuerpo, el espacio y las subjetividades. La tecnociencia se alzó como uno de los pilares materiales del régimen y dirigió su atención, no ya a la colonización del espacio exterior, sino a explorar el espacio interior, el cuerpo (Sibila, 2009). La gestión digital, la miniaturización de las tecnologías y la microelectrónica, crearon dispositivos portátiles, incorporables, digeribles. Las técnicas de control dejaron de ser externas, dirigidas a disciplinar el cuerpo, se internalizaron y se fundieron en él. La cavidad orgánica se volvió un espacio de endocolonización (Han, 2018; Sibila, 2009).

En sus paroxismos estas vertientes bogan por la pulsión fáustica de inmortalidad. En su rama cibernética, familiar a la espectacularidad de Silicon Valley, se aspira a alcanzar la trascendencia a través de la inyección de la consciencia en un sistema operativo. El cine ha ilustrado y/o performado esta temática en películas como *Transcendence* (2014), *Gohst in Shell* (2017) y tantas otras. En las ramas de las biotecnologías, las ingenierías genéticas y las biología molecular, en cambio, no se prescinde del cuerpo, se lo interviene. A través de tecnologías nano moleculares y algorítmicas, se apuesta alcanzar una perfectibilidad casi eugenista. Entre algunas de las películas más conocidas se encuentra *Gattaca* (1997).

El robot fordista, producido en la fábrica, dio lugar entonces a una entelequia gestada en el laboratorio, con impulsos deslocalizados, espacios traslúcidos y metodologías híbridas. La frecuencia analógica se cambió por la precisión del dígito. La solidez de cuerpo viró hacia formas plásticas. La internalización de la máquina en el organismo convirtió al cyborg en emblema de la sociedad informatizada.

Al margen de lo que pueda despertar la espectacularidad cinematográfica y tecnocientífica, existen en la actualidad una amplia batería de tecnologías que aproximan el imaginario de la realidad y la ficción. Artefactos transgénicos, implantes biónicos, neurotransistores, chips subcutáneos, órganos sintéticos, clonaciones moleculares, fármacos sintetizados con animales, inoculación de genes hereditarios, entornos sintéticos en tiempo real. Después de todo, Darth Vader no es sólo un villano monstruoso con poderes, sino un ser orgánico mutilado que se mantiene con vida a través de una máscara protésica que sintetiza oxígeno y le permite respirar.

Existe en la actualidad un colectivo de personas autopercebidas como cyborgs. El primero de ellos

fue Neil Harbisson, un español nacido con acromatopsia que se implantó en la corteza cerebral un dispositivo que le permite *escuchar los colores*. A través de un sensor que sobresale diez centímetros por encima de su cabeza a modo de antena, Neil puede recibir las frecuencias que emanan los colores, incluso el rango de aquellos no visibles como los infrarrojos, gamma y ultravioletas. Esto le permite ir a un museo y escuchar obras de Picasso o mapear las melodías que emana la vestimenta de una persona. En el año 2010 Harbisson creó la *Fundación Cyborg* como un espacio de asistencia para personas que buscan explorar una subjetividad cyborg. Su argumento es que la naturaleza finita y orgánica de lo humano le impiden una experimentación total de la realidad. La cyborización se orienta entonces a agregar atributos perceptivos y sensitivos a través de la tecnología para contribuir a una ampliación de la experiencia estética<sup>3</sup>.

Para Harbisson ser un cyborg implica no sólo estar unido a la cibernética biológicamente sino psicológicamente, con cerebro y software funcionando de forma inescindible. Este debate (*usar o ser tecnología*) se desató a nivel estatal en Gran Bretaña cuando Harbisson renovó su pasaporte, y le fue expresado que a cualquier ciudadano le estaba prohibido tomar la fotografía correspondiente a esos trámites con equipos electrónicos. Harbisson argumentó que la antena no era un añadido tecnológico sino una extensión de su cuerpo. La disputa duró algunos años, pero su aceptación finalmente materializó el primer reconocimiento oficial de un Estado a un cyborg. En el 2016 se publicó la Declaración de los Derechos del Cyborg atendiendo a las libertades civiles, fundamentalmente el derecho que tienen los cyborgs a la soberanía corporal y la libertad de ejercer alteraciones, aumentos, montajes y desmontajes en su propia morfología.

A pesar del amplio clivaje del imaginario cyborg, integrado por seres cotidianos, ajenos, futuros, reales o ficticios, la noción se ha divulgado en términos rupturistas, en línea con el cyborg de Clines y Kline. Esto es, entendiendo que el humano tiene una naturaleza limitada y la tecnología puede potenciar las capacidades orgánicas, perceptivas o cognitivas. Los debates en torno a estas prácticas son numerosos y extensos, sobre todo en lo concerniente al uso de las biotecnologías y sus implicancias éticas. Un ámbito donde se hacen particularmente visibles es en las Ciencias del

---

<sup>3</sup> <https://www.cyborgfoundation.com/>



deporte, donde existe un especial interés por demarcar una media de rendimiento, en trazar el límite entre los usos tecnológicos avalados o prohibidos, entre lo que califica como olímpico y *paralímpico*, entre la pureza o la desnaturalización del deporte. Entre alguno de los problemas, estos juicios infunden dificultades relativas a delimitar una "naturaleza" o una "esencia" de lo humano, una "normalidad" o funcionamiento "típico". Como lo grafica el caso del atleta Oscar Pisturius, también conocido *Blade Runner*, el interés por hallar el límite solo deja al descubierto zonas de fronteras.

En algunos casos las tecnologías cyborg se miden a partir de su funcionalidad y el impacto en el organismo sobre/con el que actúa. Según *El manual del cyborg* (Gray, 1995) existen tecnologías *restaurativas* o *normalizadoras* que ayudan a restituir el normal funcionamiento del organismo. Se orientan a restaurar capacidades, miembros u órganos faltantes. También existen tecnologías *expansivas*, que generan mejoras en el rendimiento y llevan el funcionamiento más allá del humano típico. Otros autores aseveran que la cyborización puede medirse en función de los dispositivos utilizados o del grado de continuidad que éstos tienen con el sistema nerviosos. Existen prótesis sin articulación con el sistema nervioso, implantes articulados al sistema nervioso periférico o dispositivos articulados al sistema nervioso central.

Algunas de estas definiciones matizan la concepción del cyborg como transhumano o superhombre, y ponen en el foco en el grado de hibridación. La pregunta por el límite no está presente pero emerge una nueva problemática. Si lo cyborg se mide en el grado de hibridación entre lo orgánico y la tecnología, todos podríamos ser *Homo cyborg* (Gray, 2011). No es necesario remontarnos a la imaginería de laboratorios bio-informáticos de última tecnología o la ingeniería aplicada a lo militar. Si la tecnología es entendida en oposición a lo natural, como aquello que es producto del trabajo humano, sería suficiente tener un marcapasos, un implante, una pierna ortopédica o un tornillo de titanio para ser un cyborg. Aún más, bastaría con tener un sistema inmunológico reprogramado por una vacuna, ingerir un fármaco o usar prótesis "sin continuidad con el sistema nervioso", es decir, prótesis mecánicas como los lentes de contacto o las dentaduras postizas.

El cyborg puede ser una figura evocativa de otros tiempos o puede ser un estado de situación actual. Desde campos como la filosofía, los estudios culturales, la antropología poscolonial y las corrientes críticas se han dado amplias discusiones en esta última línea. De particular relevancia

resultaron los aportes de los feminismos posestructuralistas, poscoloniales y materialistas (así como del denominado ciberfeminismo) para analizar esta temática, evitando caer en las visiones de demonización o enaltecimiento de la tecnología. Estas pensadoras no proyectan ni utopía, ni descreimiento, ni resignación, ni indiferencia; proponen *seguir con el problema*, asumirlo y convivir críticamente con él (Haraway, 2019). Estas miradas deslindan su pensamiento de la oposición binaria; la tecnología no puede defenderse o estigmatizarse, ni limitar o expandir las capacidades humanas. No puede hacerlo porque no es una cosa separada del sujeto, tampoco es algo diferente de la naturaleza, sino una relación, una forma de gestión de la subjetividad. Lo cyborg es una ontología de lo contemporáneo y un dispositivo heurístico dispuesto a fragmentar el esencialismo antropocéntrico de la modernidad.

## **Del feminismo de la diferencia a la problematización de género**

A pesar de su origen, el ámbito académico transitó su propio derrotero en torno a la noción de cyborg. Hacia mediados de los años ochenta la filósofa feminista Donna Haraway resemantizó el término despojándolo de sus tintes conquistadores y masculinistas. Se trató de una adscripción que trascendió por mucho la linealidad evolutiva y la espectacularidad transhumanista. Lo cyborg en Haraway devino una alegoría, una ontología y una epistemología de las fronteras. Para comprenderlo debemos remontarnos a algunas notas contextuales.

Hasta ese entonces el feminismo se movía dentro de una tendencia generalizada de determinación sexo-género (Rubin, 1996). La llamada "segunda ola" esgrimía una taxonomía binaria para denunciar la relación asimétrica entre el varón y la mujer. La teoría derivaba del estructuralismo de Levi Strauss, Lacan y Saussure, y era acompañada por un amplio movimiento social en las calles. La frase "lo personal es político" sintetiza una de las subversiones de sentido más relevante de las últimas décadas. No se trataba únicamente de lograr una igualdad de derecho sino *de hecho*. Era necesario exponer que incluso en los gestos más íntimos se disputa lo político, y que la esfera de la producción no podía funcionar sin el trabajo históricamente invisibilizado de la esfera de la reproducción. Este feminismo ayudó a replantear -incluso a crear- los vínculos de la mujer con su propio cuerpo y su propia subjetividad. La mujer comenzó de a poco a emanciparse de las

modalidades fantasmáticas que *naturalmente* le habían sido asignadas: la mujer como madre y ama de casa, como puta o como loca. Gracias a este movimiento la mujer abrió la posibilidad de pensarse como sujeto -y no objeto- de deseo, por fuera de su histórico rol espectador, propiedad o acompañante.

Las subalternidades que emergieron con la posmodernidad fracturaron la matriz identitaria vigente y complejizaron la ecuación. El poscolonialismo y el posestructuralismo articularon críticas al interior del feminismo. Sin desconocer la opresión estructural del varón sobre la mujer, denunciaban que la subordinación femenina se marcaba únicamente en términos sexistas, mirada que pasaba por alto otros vectores constitutivos como la asignación sexual, la identidad de género, la clase, la etnia o el deseo. Era indiscutible que el varón oprimía a la mujer, pero los privilegios y las jerarquías también operaban al interior del movimiento. No tenía la misma implicancia ser una mujer cis, heterosexual, académica, blanca, cristiana y de clase media, por entonces gestoras y portavoces del feminismo, que ser una mujer trans, del tercer mundo, lesbiana, indígena y pobre. Los estigmas podían acumularse y existían quienes quedaban muy por debajo de la cascada de *identidades negativa* (Sandoval, 1991), incluso por fuera de las articuladas categorías de oprimidos.

Las raíces coloniales y racistas del feminismo anglosajón fueron puestas en evidencia por autoras de descendencia subalternizada como la afroamericana bell hooks o la india Gayatri Spivak. Enuncian que raza, capitalismo y género no se suprimen, sino que se *intersectan*, adicionando grados de opresión sobre la mujer (hooks, 2020). Otras autoras como Adrienne Rich, Monique Wittig, Donna Haraway, Chela Sandoval, Teresa de Lauretis, Judith Butler, Gloria Anzaldúa, señalaban el carácter de heterosexualidad obligatoria. Reponían la atención sobre la imposibilidad de enunciar la categoría de mujer sin negar, en el mismo gesto, la enorme cantidad de intersecciones culturales, sociales y políticas que construyen ese concepto. Varias de ellas indagaron qué significaba realmente ser mujer. Judith Butler (2007), siguiendo los razonamientos de Monique Wittig en su obra *El cuerpo lesbiano* (1973), se pregunta si existen atributos compartidos en el hecho de ser mujer que antecedan a aquellos que le imprimen los masculinismos hegemónicos. En la misma medida que se podría pensar que no hay nada en la categoría "pobres" que los convoque más allá de su opresión clasista o nada en la categoría "negros" que los una más que la opresión racista, no existe nada en el hecho de

ser mujer que las aproxime por fuera de su opresión patriarcal. En este sentido, denunciaban que la victimización no podía ser la única base de introspección (Haraway, 2019).

"Mujer" no podía sostenerse como una categoría descriptiva porque se trataba de una autoproyección discursiva en la que el "otro" -mujer- se presentaba como un constructo de lo que el "ego" -varón- no quería ser (Bhabha, 1994; Spivak, 1994). La mujer como categoría no hablaba de sí misma ni de una esencia unitaria, sino de la mirada voyerista del varón y sus deseos: debía ser heterosexual, delicada, femenina, comprensiva, sumisa. La mujer fue construida como *lo otro* del varón, y sólo adquiriría sentido en el funcionamiento de la obligatoriedad cis heterosexual. De allí que Wittig se pronuncie como lesbiana y no como mujer, en tanto la lesbiana no se adapta al modelo hetero-centrado en el cual la mujer es subsidiaria del varón.

De esta forma el esencialismo de la mujer se fracturó. Las autoras mostraron que si el género era una construcción cultural -como ya lo había afirmado Simone de Beauvoir con "no se nace mujer, se llega a serlo"-, no había motivo para que continuara expresándose a través posibilidades binarias relativas al sexo, reducto de lo "natural". El género no responde a una realidad objetiva sino un devenir *performativo* que se fija en la repetición ritualizada de prácticas, discursos, movimientos, gestos, vestimentas que hacen a lo femenino o lo masculino (Butler, 2007). Si mujer *se hace*, entonces no tiene por qué estar anclada a una taxonomía estática, podría responder a un sinfín de posibilidades, tantas como la creatividad habilite.

Pese a que la categoría mujer funcionaba para generar lazos de solidaridad frente a una situación de opresión, los feminismos disidentes fracturaron la matriz que determina al género en función del sexo y ofrecieron marcos conceptuales para contener las multiplicidades que quedaban por fuera de la cis heteronormatividad. El *nosotras* de este feminismo no era la mujer sino todo el crisol de ecologías políticas de lo no-varón y lo no-mujer: la *lesbiana*, la *marica*, la *drag*, el no binario, la *butch femm*, *fluid gender*, *trans*, *intersex*, entre otros.

## Hacia la deconstrucción de la sexualidad

El binario era el motivo por el cual se avanzaba en la indagación. Las autoras consideraban que, así como el género era un artificio de la cultura, igualmente lo era ese reducto de presunta

invariabilidad natural, el sexo. Las personas no *nacen* con un sexo, mencionaban, se les *asigna* un sexo al nacer. Es en la iteración de los discursos biológicos, médicos y jurídicos, y fundamentalmente en la autoridad material de la ciencia que funciona produciendo metáforas performativas, que se crean los *efectos de realidad* sobre la noción de sexo.

Como menciona Fausto-Sterlin (2000), nunca hubo un consenso científico en torno a la existencia de dos sexos que sean objetivamente distinguible. A pesar de ello distintas áreas de la biología han proyectado y continúan proyectando el binario a diferentes escalas. El caso más acuciante ha sido el de las hormonas, que pasaron de ser "cadenas carbonadas silenciosas a ser entidades políticas" que definen la sexualidad de las personas (Preciado, 2008a: 125). Hace ya algunas décadas se ha probado que todos los cuerpos producen estrógeno y testosterona, lo que varía son las cantidades. Aun así, se continúa hablando de hormonas femeninas o masculinas. De igual manera, la proteína TDF -SRY-codificada como la molécula determinante de la masculinidad, ha sido hallada en cromosomas X en mujeres (Butler, 2007), el gen ovárico clave -RSPO1- ha sido hallado en personas XY, y existen personas que siendo XX despliegan una gónada mixta con desarrollos ováricos y testiculares -*ovotestis*-.

Las estructuras reproductivas son dismórficas en gran porcentaje, pero no completamente (Fausto-Sterlin, 2000). Existe casi un diez por ciento de la población que presenta variaciones que no se adaptan a la causalidad de asignación binaria aludida a los cromosomas XX e XY. En su obra *Testo Yonki* (2008b), Beatriz Preciado esgrime que la noción de género fue institucionalizada y puesta en práctica en el ámbito de la medicina a partir del año 1947 con el protocolo John Money. Este establecía la asignación sexual de bebés intersex en función de criterios visuales que redundan sobre la externalidad genital. A partir de la asignación se determinaba un protocolo de intervención química, técnica o quirúrgica para la normalización de aquellos casos que no se adaptasen al binario del discurso médico. Es decir, las codificaciones genitales, genéticas y endocrinológicas pretenden ser enclaustradas de forma binaria, pero sobran los casos en que las variaciones fracturan la pretendida clasificación.

Las corrientes del feminismo señalaron que no hay células, cromosomas u hormonas -categorías biológicas- exclusivamente masculinas o femeninas sencillamente porque lo masculino y lo

femenino son categorías políticas. Esto orientó las discusiones hacia el campo epistemológico. La crítica se dirigió a cuestionar los supuestos del humanismo antropocéntrico sobre los que reposaba la legitimidad científica. El antihumanismo feminista desandó los caminos trazados por el Vitruvio y el hombre cartesiano. El primero había canonizado como la simetría universal del cuerpo humano y -por extensión- del espacio entero (Braidotti, 2015). El segundo había cristalizado al Hombre como un *ser* ingrávido, racional e individualizado. El *cogitans*, sustancia enunciada con distintas metáforas según la época -alma, espíritu, mente, yo, consciencia, razón- se fijó sobre el cuerpo en relación de jerarquía. El *cuerpo* se tiene, la esencia se es. Tanto el Vitruvio como el hombre cartesiano normalizaron la ontología del Hombre y de todo lo humano.

Las corrientes feministas derribaron al Hombre de su posición universalista y lo expusieron como eso que era. El Hombre no era la humanidad ni el conjunto de las personas, era un varón cis, blanco, occidental, heterosexual, adulto, atlético (Irigaray, 2007). Lejos de ser la totalidad, era una sinécdoque, una pequeña parte que había ostentado el privilegio de contar su experiencia singular como si fuera universal. En la categoría de Hombre no había nada inocente, en él habitan de forma implícita jerarquías: sexo-genéricas, étnicas, raciales, clasistas. El sistema patriarcal actuaba a través de una masculinidad pretendidamente abstracta, incorpórea, universal y racional, y esos valores se proyectaban en un saber científico que actuaba sobre la axiomática de la objetividad.

Frente a la idea neutralidad valorativa inherente a la idea de Hombre y la ausencia de un agente cognoscente detrás del conocimiento, los estudios feministas pusieron el énfasis en el sujeto encarnado y su perspectiva. El "conocimiento situado" de Haraway (1991) y la "política de la ubicación" de Adrienne Rich (1987) fueron coordinadas epistemológicas que señalaron que el científico detrás del objeto de estudio no estaba desprovisto de un cuerpo, y que su conocimiento era completamente limitado y parcial. Pensar que el observador era un ente neutral que aprehendía la realidad con una mirada cenital y objetiva constituía una ingenuidad moderna.

Demostraron que el falogocentrismo operaba en todos los ámbitos, especialmente en aquellas áreas donde se insistía en la neutralidad científica. El relato cristiano del Hombre como totalidad acabada y la mujer como subsidiaria de él, se reflectaba incluso en la genética, que durante años designó la sexualidad femenina a partir de la ausencia del factor determinante masculino (Butler,

2007). En la búsqueda del "gen maestro" se clasificaba lo femenino a la *falta* de éste.

El *cogito* cartesiano sostenía la existencia de una realidad objetiva externa al sujeto, cognoscible a través de la racionalidad. Frente a esto el conocimiento situado remarcaba que todas las estructuras que se pretenden describir son una manifestación del contexto, la cultura y sus prácticas. La visión, beatificada por el régimen escópico como un acto anclado a lo cognitivo -*ver es conocer*-, está determinada culturalmente, no carece de cuerpo, de hábitos, ni de convenciones (Cosgrove, 2002). La imagen no representa un real; está mediada, se difracta y tiene interferencias (Haraway, 1991). En este sentido las autoras aseveraban que la biología no es el cuerpo, el organismo o el sexo, sino un discurso acerca del cuerpo, el organismo o el sexo; literalmente un *logos* que se acumula. La biología es la utilización política del conocimiento científico en pos de servir a la sexualidad reproductiva (Haraway 1990; Wittig, 1981). Ante la idea platónica de representación -copia del original-, la ciencia se esgrimía como un "simulacro" -una copia sin original- que no describe los datos, los produce (Baudrillard, 1978).

Los feminismos de la disidencia abrieron nuevos horizontes de discusión y de posibilidad. No ponían en duda la existencia de diferentes géneros<sup>4</sup>; denunciaban que la multiplicidad no debía ser reducida a dos posibilidades, y que de ser así eso respondía a una operación política, no somática. Por otro lado, aunque existieran diferencias verificables, el problema principal radicaba en que éstas determinasen conductas, valoraciones y prácticas culturales. De la misma forma que el individualismo no es un componente innato de la naturaleza humana -como el liberalismo ha insistido- sino un cuerpo discursivo gestado históricamente (Braidotti, 2015), no existen categorías biológicas naturales, sino naturalizadas.

La analítica foucaultiana en estas autoras pondría al descubierto que la asignación sexual es violenta porque en orden de que exista una normalidad -sexo genérica- se torna estructuralmente necesario producir un amplio ámbito anormalidad. Sin barbarie no puede existir la civilización; sin enfermos no puede haber personas sanas; sin hermafroditas, sodomitas, abyectos, no puede perimetrarse la centralidad del varón y la mujer. Las figuras corporales que no encajan en el sistema

---

<sup>4</sup> Al esgrimir que no hay dos sexos determinados biológicamente, dirán que todo es género.

de inscripción binaria recaen en la monstruosidad, pues el cuerpo sexuado es la condición humana *per se* (Butler, 2006; Braidotti, 2015).

En este sentido estaba claro que el feminismo no podía reducirse a la mujer cis heterosexual sino que debía abrazar todo aquello que queda por fuera de las operaciones de representación y enunciación, en los márgenes del discurso hegemónico. Teresa de Lauretis (1989) recupera el término *queer* que había funcionado en los países anglófonos como un insulto dirigido a todas las figuras que se apartaban de la normalidad relativa al sexo, al género, al deseo y al cuerpo. La denominada *teoría queer* brindó un marco epistémico de contención a aquellos *otros* definidos en términos peyorativos, históricamente patologizados. Funcionó como "la figura de un paraguas bajo el que caben las más variadas formas de disidencias a la norma sexual, sea de articulaciones identitarias o no" (Sáez, 2007: 44), que asumen su incorrección política y el margen como espacio de reivindicación. De la poética de Gloria Anzaldúa (2016) se desprende que, si hasta entonces el feminismo se debatía entre las opciones de luz y oscuridad, con la tercera ola se trataba de deconstruir el concepto mismo de luz y oscuridad. Lo *queer* volvió porosos los límites de la identidad.

En esta línea se inscribe Donna Haraway para anunciar que "las feministas del *cyborg* tienen que decir que «nosotras» no queremos más matriz natural de unidad y que ninguna construcción es total" (2019: 28-29). No se trataba únicamente de librar al género del binario sexual y a las femineidades del esencialismo de ser mujer. Donna Haraway reclama que el problema era el binario en sí. El *Manifiesto Cyborg*, obra publicada en el año 1983, emerge como una metáfora decisiva y fundante de la implosión del binario y el esencialismo naturalista en todas sus variables. Lo que comenzó siendo una problematización de la identidad de género devino en una problematización de la identidad en su totalidad. El *cyborg*, criatura híbrida profundamente política, ensamble de carne y cables, ficción y realidad, se convertirá en la representación posmoderna de rechazo al antropocentrismo y ayudará a apuntalar una epistemología feminista de las fronteras.

## El *cyborg* de la episteme

Donna Haraway es una pensadora de las fronteras. Sus recorridos como bióloga especializada en zoología, primatóloga, filósofa de la evolución, aficionada a la ciencia ficción y la informática,



feminista, entre otros, crearon un crisol de trabajos a partir de cruces. Donna sintetiza su quimera intelectual en la sigla SF<sup>5</sup>: fabulación especulativa, figura de cuerdas, hechos científicos, ciencia ficción feminismo especulativo, entre otros (Donna, 2020: 21). SF es también una metodología que teje hilos entre modulaciones con diferentes materialidades, provenientes de diferentes campos, tanto de la *episteme* como de la *doxa*, tanto personales como colectivos.

Donna convivió durante años con tres compañeros con los que formó un modelo de parentesco. Eran una familia extensa a la que se fueron uniendo otras personas con el fin de celebrar y habitar una forma de existencia no heteronormativa, monogámica, nuclear o reproductiva. Compartir arquitecturas espaciales con programadores informáticos le brindó a Haraway un entorno de trabajo informático en plena década del setenta, y compartir con filósofos y feministas le brindó las condiciones de posibilidad para la gesta de su pensamiento. Esa red contingente de parentesco, entornos materiales y cotidianidad refracta en gran medida la figura de cuerdas del SF.

La obra de Haraway es ética y estética, maridaje imprescindible para impactar sobre la era fármaco-pornográfica (Preciado, 2008a). Su imaginación plástica ha generado que sus trabajos excedan el mundo académico y lleguen a ámbitos como las artes plásticas, el cine, la música, las pasarelas de moda<sup>6</sup>. La liminalidad se refleja también en la combinación de narrativas que ensamblan academia con ensayo y literatura. Para su pensamiento fueron fundantes los insumos de la ficción especulativa, particularmente la ciencia ficción feminista, con sus relatos de mundos posibles. La histórica exclusión de las mujeres del ámbito científico y tecnológico convirtió al género en una plataforma de expresión política y especulación filosófica, un espacio de práctica teórica y resistencia frente a los masculinismos imperantes en las ciencias y en las instituciones (Terranova, 2016).

Decisiva fue también la revolución del *cyberpunk*. La década del ochenta fue un momento fértil de este subgénero en el ámbito literario y cinematográfico. Como reverso del horizonte minimalista de las corporaciones de la tecnociencia, representado con una estética pulcra y antiséptica, el *cyberpunk*

---

<sup>5</sup> SF son las siglas en inglés para *Science Fiction*, *Speculative Fabulation*, *String Figures*, *Speculative Feminism*, *Scientific Facts* y *So Far*.

<sup>6</sup> Artistas como Bjork, Stelarc, Matthew Barney, Lady Gaga y tantos otros, asumen la influencia conceptual de Haraway. Incluso la marca Gucci ha inspirado una colección en el Manifiesto Cyborg.

cifraba usos desviados del espacio y de los cuerpos. Los escenarios mostraban ambientes posnucleares viscosos, callejones oscuros, tráfico ilegal, calles hacinadas, marginalidad, cuerpos cacofónicos, figuras ensambladas con desechos maquinales, humanos y no humanos. Las estéticas barrocas y decadentistas aparecieron como insumo para narrar los presentes al ras del piso. Ante el progreso tecnológico, el *cyberpunk* privilegiaba un relato de malestar respecto al futuro.

Con tentáculos en el feminismo, la ficción y la ciencia ensamblaron los paisajes superpuestos del cyborg. Ya localizados el *otro* de la teoría poscolonial y el *otro* de la teoría feminista, la teoría cyborg atiende y excede la problematización. Lo que comienza siendo una desconstrucción de la identidad de género acaba siendo la subversión de la identidad en su totalidad. Si el Hombre implica límites, lo cyborg es precisamente la discusión por la frontera.

Haraway define al cyborg como una blasfemia posmoderna, el hijo ilegítimo del militarismo y el capitalismo patriarcal. Una recodificación desviada del cyborg progresista delineado por Clynnes y Kline. No se trata de la utopía científicista que exalta al hombre tecnológicamente modificado en pos de la expansión militar. Ni siquiera se trata necesariamente de un bípedo humano. El cyborg del feminismo es una criatura postgenérica que canibaliza los dualismos, un "profiláctico orgánico contra la heterosexualidad" por tener la reproducción de los helechos y los invertebrados, que no precisan acoplamiento para su reproducción (Haraway, 2019: 10). Es también una criatura postpornográfica. De sus diálogos con este movimiento se orchestra un quiebre en la geografía moral y erótica del cuerpo. El cyborg desgenitaliza las prácticas de placer. En términos plásticos su hibridación puede remitir tanto a los icónicos biomecanoides de Hans Ruedi Giger como al oncoratón. La clave está en aprehender la tecnología no sólo en sus usos concretos sino posibles (Perera y Andrada, 2013).

En la afirmación de que "las máquinas están inquietantemente vivas y nosotros aterradoramente inertes", Haraway no pretende polarizar entre la tecnofobia y tecnofilia (2019:15). En ambos determinismos se embiste el error de ver a la tecnología en términos instrumentales, en relación de exterioridad a las personas. Las teorías posmodernas y los nuevos materialismos, enfatizan el vector relacional de los fenómenos. Estos discursos rechazan la ontología del hombre moderno que se percibe como escindido del espacio, los animales y los objetos. El sujeto, mencionan, no es distinto del

espacio ni de la tecnología, de manera que la máquina no puede ser un otro en relación de amistad o enemistad, "las máquinas somos nosotros" (Haraway, 2019: 78).

La tecnología es una relación completamente constituyente. No existen dispositivos tecnológicos que funcionen sin mediatizar -incidir, interferir, condicionar- el proceso de producción de subjetividad. Sobran ejemplos para ilustrar que las tecnologías forman parte de las operaciones cognitivas, sensoriales y mnémicas de los agentes. El celular no es sólo un instrumento sobre el que el usuario acciona, sino una ramificación de su intimidad, su sensibilidad y su subjetividad. Es probable que ante su extravío se perciba una ausencia de algo tan propio como cualquier otra parte del cuerpo. Un implante coclear no es solamente un dispositivo a base de silicio que emite pulsiones eléctricas sobre la cóclea, es una interfaz en el acto de percepción sensorial. El disco duro de la computadora no es sólo un espacio de almacenamiento de datos, es también la extensión de la actividad mnémica de los agentes, una prótesis digital de memoria. Los avatares de los videojuegos no son una mera escultura virtual ajena al usuario que acciona el *joystick* sino un desdoblamiento de su propia singularidad. El usuario es simultáneamente el avatar de la pantalla y el cuerpo fuera de ella. El proceso de escritura no está únicamente *mediado* por un procesador de texto sino *constituido* por él, de manera tal que el agente no pueda desarrollar una escritura analógica sobre papel con los mismos resultados que con el ordenador. El acto de teclear es una parte inherente al pensamiento y al proceso creativo, no un instrumento ajeno a él. Los fármacos antidepresivos no son sólo píldoras que se ingieren, sino tecnologías químicas que sintetizan una sensibilidad y una subjetividad específica. Una silla no es un objeto inerte dispuesto para nuestro uso, sino una materialidad dinámica que ha gestionado de modo estructural nuestra postura, nuestra gimnasia corporal, incluso nuestra forma de relacionarnos con el espacio y sociabilizar con otros. Aunque resulte absurdo, nuestra realidad más inmediata está completamente performada por las sillas.

Las tecnologías no son objetos externos que se dominan, se obedecen o se antagonizan; son artefactos que se ingieren, se infiltran, se internalizan (Preciado, 2008b). Los objetos, los dispositivos o el espacio no son cosas, instrumentos o contenedores imperecederos que obedecen a leyes invariables y que las personas utilizan de forma instrumental y unilineal. Son una relación constitutiva y constituyente, indistinguible ellas. Lo cyborg se trata entonces de disolver el cuerpo

como límite y comprender el acto de cognición como un proceso dinámico que excede a la piel y que utiliza las tecnologías como tentáculos protésicos (Perera y Andrada, 2013).

La figura del cyborg alegoriza una alternativa a las jerarquías ontológicas del humanismo antropocéntrico que ha ubicado al varón por encima de la mujer, por encima de otras especies no humanas y por encima del territorio que habita. No pretende ubicarse el centro, pero sí tener una experiencia íntima con la frontera. Así como el robot-androide era la figura que imitaba al Hombre, lo cyborg encarna nuevamente el simulacro baudrilleano. Mientras el Vitruvio es el emblema de la proporción y la belleza, el cyborg es una clave para la decodificación del cuerpo normalizado. Frente al determinismo, la coherencia y la causalidad modernista, el cyborg es la inercia, el desorden y la contradicción. Es, en otras palabras, aquel que nos enseña cómo *no* ser un Hombre.

Existen algunas figuras que pueden metaforizar una ontología cyborg. La Drag es una de ellas. Su actualidad se debe a que encarna de una forma estilizada el simulacro del *real* femenino-masculino. Para Butler (2006), a través de un espectáculo lúdico y subversivo, la Drag parodia la matriz de determinación sexo-género y expone los mecanismos mediante los cuales la ficción binaria se produce y se reproduce. En su puesta en escena el cuerpo performa la femineidad mucho mejor de lo que podría hacerlo cualquier mujer cis, la tensiona y la desborda, la excede y la pervierte, haciendo que el *real* pierda todo su estatuto y su solemnidad. A esta versión de la identidad como efecto discursivo-performativo Preciado le añade una versión más materialista. La *biodrag* es aquella que interviene su corporalidad con técnicas semióticas y también con dispositivos microprotésicos. Preciado menciona que el "género no es sólo un efecto performativo, es sobre todo un proceso de incorporación protésico" (Preciado, 2009: 6). Tanto la *biodrag* como la mujer cis son cyborgs, la diferencia es que mientras que la primera se ofrece de manera consciente a técnicas de transformación corporal para transicionar su cuerpo (preparados hormonales y farmacológicos, intervenciones quirúrgicas, estilizaciones cosméticas) y puede crear una relación lúdica con ello, la segunda lo hace de forma inconsciente, consumiendo anticonceptivos orales que cambian ("feminizan") el funcionamiento y la morfología psíquica y anatómica. Si para Butler una mujer se constituye en la repetición de gestos, comportamientos y movimientos, para Preciado no sólo hay una puesta en escena sino sometimiento a biotecnologías, consumo de fármacos (Gros, 2016). La

construcción de la femineidad "es ante todo un proceso de travestismo somático" (Preciado, 2009: 7). Ambos modelos, la parodia de la actuación o la incorporación consciente de cócteles hormonales, sacan a la luz el modo en que el género normativo es construido como ficción.

Menciona Butler que el sujeto unitario es "el que sabe quién es, el que entra en la conversación de la misma forma que sale de ella, aquel que cuando se encuentra con el otro no arriesga sus propias certezas epistemológicas; se queda en su lugar, lo guarda, se vuelve emblema de propiedad y territorio e irónicamente rehúsa la autotransformación en nombre del sujeto" (Butler, 2006: 322). Son muchas las figuras del feminismo que ensayan una respuesta a esto: el *posthumano* de Braidotti, el *sujeto fracturado* de Spivak, *Plataforma tecno-viva* de Preciado, el *sujeto múltiple* de Anzaldúa. Ante la idea del Hombre que porta una esencia inmutable y tiene una identidad acabada que lo singulariza, estos personajes<sup>7</sup>, incluido el cyborg, sostienen el alejamiento crítico frente a la noción de identidad como algo fijo. Son modelos que recusan el sedentarismo con el nomadismo filosófico, reivindican el fragmento y todo lo que queda por fuera de la totalización individualista. Se asumen como imperfectos y parciales en todas sus dimensiones.

El cyborg aparece mitificado precisamente donde la división entre lo humano, lo animal y lo maquinal es trasgredido, y donde la bestialidad alcanza un rango en sí mismo; "es de gente que no tiene miedo de su parentesco con máquinas y animales ni de identidades permanentemente parciales ni de puntos de vistas contradictorios" (Haraway, 2019: 20). Lo neurálgico radica en la implosión de todo tipo de dualidades, no sólo las relativas al varón y la mujer, ni al organismo y la máquina sino lo humano-no humano, sujeto-objeto, sujeto-espacio, esencia-materia, realidad-ficción, ego-otro, real-virtual, ciencia-ficción, identidad-alteridad. En estos agenciamientos, cercanos a la monstruosidad, no está claro quien hace y quien es hecho.

### **Hacia el cuerpo codificado y la simpoiesis**

En la actualidad gran parte de los acontecimientos dependen de la circulación y el procesamiento de datos, desde el dinero, el poder militar y los satélites hasta la música y el mapeo de consumos. Las

---

<sup>7</sup> Personaje no tiene que ver con el artificio o la ficción. Persona es para Haraway aquello que se actúa frente a un público.

tecnologías digitales han permitido que cualquier operación pueda expresarse a través de impulsos de codificación binaria: tasas, flujos, costos, CBU, IP, PIN. Todo se reduce a una unidad fundamental: el bit -0,1-.

El encuentro entre la informática y la biología comenzó con la invención del ADN en el año 1953 y se consolidó en el 2003 con la codificación total de la secuencia genómica. En ese paulatino intercambio emergieron campos como las ingenierías genéticas que permitieron descomponer el cuerpo humano en pequeñas unidades de medida denominadas gen -*guanina, citosina, adenina, timina*-. El gen y el bit se homologaron en su gimnasia: ambos pueden ser extraídos, manipulados, duplicados, recombinados.

Con la gestión digital lo orgánico devino también un sistema de codificación. El cuerpo se textualizó a través de un alfabeto propio -G, C, A, T-. La biología, que antes estudiaba anatomías orgánicas individuales con límite en la piel, empezó a estudiar sistemas informáticos que procesan e intercambian datos, incluso comenzó a emplear términos propios de la comunicación como código, secuencia, programa, mensaje (Haraway, 2019). Pensar en narrativas compartidas a escalas nanomoleculares, gen y bit, 0, 1, A, T, G, C, permite proyectar circuitos integrados por módulos que provienen indistintamente de animales, máquinas, objetos o humanos. Todo puede ser dispersado, desmontado y vuelto a ensamblar. Así es que existen los alimentos transgénicos, semillas genéticamente modificadas, implantes de partes animales en humanos, fecundación *in vitro*, cruces de vectores animales y vegetales. Al no haber arquitectura "natural" que obstaculice el intercambio, la biología se convirtió una ingeniera que crea nuevos circuitos y nuevas materialidades.

La teoría de la codificación demarca una incómoda proximidad entre lo humano y lo no humano, señala la alteridad en lo propio y lo propio en lo ajeno. Es precisamente allí donde el cyborg se semantiza como un circuito codificado, integrado, un yo posmoderno, personal y colectivo, desmontado y vuelto a montar. Mientras el cyborg de Clynnes y Kline tenía como rasgo distintivo la autopoiesis, el de Haraway se caracteriza por la *simpoiesis*. Al contrario de la pretensión autorregulatoria del sistema autopoietico, la simpoiesis significa "devenir con". En su obra *Seguir con el problema* (2020) la autora menciona que "simpoiesis es una palabra apropiada para los sistemas históricos, complejos, dinámicos, receptivos, situados" (Haraway, 2020: 102). Haraway acompaña la

tesis de la bióloga Lynn Margulis según la cual el principal motor de la evolución no fue la competencia, como sostiene la teoría darwinista, sino la simbiosis. Las células, los tejidos, los órganos y las especies evolucionan en íntima relación con entes desconocidos. La simbiogénesis es resultado de acoples a largo plazo que devienen en la asociación de material genético, de ello es manifiesto la célula compleja, originada de la relación continua entre arqueas y bacterias (Haraway, op.cit.).

En todas las escalas posibles, desde niveles nano moleculares observados por el microscopio hasta los macrosistemas, se visualizan nudos y encuentros dinámicos entre distintos seres holobiontes y materiales orgánicos. No hay individualidades sino ensambles contingentes entre *holoentes*<sup>8</sup> que se interpenetran, se rodean, se atraviesa, se ingieren, se indigestan, se asimilan. En esta línea, la historia no se trata del ritmo sostenido de evolución de entidades autónomas, sino de sistemas -circuitos, codificaciones- "producidos colectivamente, que no tienen límites espaciales o temporales autodefinidos" (Dempster; en Haraway, 2020: 103). Ser animal es devenir con otros y en condiciones ambientales específicas, con grados de acoplamiento especulares al individualismo posesivo.

La visión ontológica que nació con el Manifiesto Cyborg, continuó su transformación *queer* hacia formas más radicales como el parentesco con especies no humanas. Revirtiendo el dualismo cartesiano, otorga a la materia un rol activo, curvatura propia, capacidad de agencia. El cuerpo, connotado como emblema de la materia, está constituido por elementos no humanos. Además de bits, hay calcio en los huesos, metales en la sangre, electricidad en las neuronas, microorganismos en la piel. La figura de cuerdas o el SF, funciona para poner en evidencia que no sólo la máquina es constitutiva de nuestra subjetividad, sino también virus, bacterias, hongos, minerales, metales, condiciones ambientales y *otros* que no nos anteceden ni nos preceden.

La idea de naturaleza, inherente a estas problemáticas, tiende fácilmente a deslizarse hacia el esencialismo y a ser capturada por reducciones positivistas (Braidotti, 2002). No obstante, los

---

<sup>8</sup> El *holoente* es un término propuesto por Haraway retomando las características del *holobionte* esbozado por Lynn Margulis. Se trata de nudos poliespaciales y politemporales de bichos que se mantienen unidos de forma contingente. Haraway propone su utilización para reemplazar el término "seres" o "unidades" (2020:100).

materialismos sostienen que la naturaleza, al igual que la tecnología, no existe como entidad pura, diferente a lo humano. Distinto de lo que postulan algunos sectores del ecologismo o de la biología, la naturaleza no es algo que el hombre pueda destruir, necesite ser liberado o dejado en paz. Tampoco está oculta, "no es un texto que pueda leerse en códigos matemáticos o biomédicos" (Haraway, 1999: 123). Si la naturaleza debe ser liberada de algo es de la noción moderna que la ha imaginado, narrado y cargado simbólicamente como La Naturaleza (Swyngedouw, 2011).

Al igual que *La Historia* y su más alto producto, *El Hombre*, lo que se denomina Naturaleza es un espacio retórico que no existe por fuera del tejido social que la connota y le atribuye sentidos. La naturaleza no es un bosque silvestre o una planta autóctona, es la agricultura, la energía fósil y "las vacas bien subvencionadas" (Latour, 2011: 6); no son las moléculas y los cromosomas, son los cuerpos intervenidos por químicos, prótesis e implantes. Asumir la naturaleza como un espacio cultural permite administrarla y gestionarla políticamente, porque no ha existido un término más políticamente intervenido que éste, que a lo largo de la historia haya servido de base fundamental para el discurso moral y el señalamiento de la otredad.

En esta línea lo cyborg no es natural ni orgánico, no reconoce el jardín del Edén, no está hecho de barro y no pretende convertirse en polvo (Haraway, 2019). El cyborg es la decisión epistemológica de pararse en la frontera y liquidificar los límites. Puede ser una persona ensamblada digitalmente a su *laptop* formando un sistema integrado de procesamiento de información; el micelio que conecta las raíces de los árboles bajo tierra; la ciencia ficción como herramienta política, o la naturaleza creada artificialmente. Lo esencial es reivindicar ese elemento de hibridez que parte del desdibujamiento categórico de los límites.

## Conclusiones

Los feminismos de la tercera ola, acompañados por la teoría poscolonial y posestructuralista, plantearon un alejamiento crítico frente al feminismo de la diferencia y su determinación sexo-genérica. Lo que comenzó siendo una problematización de la identidad de género, acabó siendo una problematización de la identidad en su totalidad, y con ello, una crítica incisiva a los valores ontológicos del modernismo antropocéntrico. El cuerpo, el espacio, la materia, la mujer, los animales



o los bárbaros han encarnado la alteridad necesaria para jerarquizar al Hombre, porque para darle existencia a un centro es imprescindible delimitar una periferia de alteridad. Frente a la ubicuidad del Hombre, algunas figuras retóricas emergieron como dispositivos de reivindicación de lo otro, reponiendo una existencia encarnada, situada y relacional. El cyborg ha sido una presencia fundamental de este derrotero.

Hemos visto que un amplio espacio separa al cyborg de la *doxa mainstream* y la *episteme* de Haraway. Como hijo bastardo del militarismo que lo gestó, el cyborg de la *episteme* se codificó como una metáfora pensar en la hibridación de los binarios. Esa hibridación parte del ensamble de circuitos informáticos y el agenciamiento con la tecnología, hasta arribar a la idea de simpoiesis. No obstante, si la internalización de la tecnología en todos sus niveles nos convierte en cyborgs, entonces somos *Homo cyborg* desde la invención del fuego. ¿Tiene algún sentido pensar que todo es cyborg? Si *todo* es cyborg, *nada* es cyborg. A su vez, pensar el fin del binario en un lenguaje que se estructura de esa manera puede ser problemático. Ante esto es necesario localizar lo cyborg no como una teoría acabada y total, sino como un estado de situación, una gimnasia para problematizar algunos esquemas heredados, ser críticos con ellos y desnaturalizarlos. El esencialismo táctico, el conocimiento situado y el nomadismo filosófico pueden entenderse como ejercicios lúdicos de descentramiento, que nos permiten ir y venir reflexivamente, sin la pretensión moderna de hallar términos unívocos ni relatos totales. Aprender la contradicción puede abrir nuevos horizontes de posibilidad.

En épocas en las que parece haber un retorno al esencialismo biológico de la mano del ADN y la genética, y un fortalecimiento del binario *0,1* con la informática, el feminismo provee una coordenada epistemológica para revertirlo. La teoría de la codificación aplicada al cuerpo no lo esencializa, sino que lo textualiza: el cuerpo puede leerse, borrarse y reescribirse, rematerializarse trascendiendo los límites de la especie, el espacio y el tiempo. Resulta alentador pensar que, con las herramientas de las nuevas biología y la informática, se pueda arribar a conclusiones similares a las que se llegaron el arte y la filosofía: no somos entes individuales.

Desde los feminismos no naturalistas se defiende el agenciamiento de la materia. Si la historia ha sido el largo devenir del intelecto sin cuerpo, la resistencia tiene que ser primero corporal. Es por ello

que la utopía de los feminismos cyborg y el posthumanismo no es una fantasía heroica ni militarista, sino una utopía del cuidado de los cuerpos frágiles. Una heterotopía con cuerpos-otros, alteridades perseguidas, anatomías aumentadas, diversidades funcionales, cuerpos transgénicos. Ante los peligros de inmovilidad que supone asociar la idea de naturaleza a la identidad, los feminismos tienen la finalidad de reivindicar un imaginario teratológico, enfatizando aquellas identidades que quieran cambiar de forma. Tiene también la finalidad de desordenar la realidad para mostrar que el orden y lo natural implican violencia y exclusión. Sin mutantes, barbaros, discapacitados, prostitutas, anormales, transepecies, sin toda la barbarie *ciberqueer* habitando las fronteras, nunca se hubiera podido configurar lo humano y el Hombre. El cyborg constituye la excusa para preguntarnos por todo lo otro.

## Bibliografía citada

- ❖ Anzaldúa, G., 2016. *Borderlands. La frontera: the new mestiza*, Capitan Swing, Madrid.
- ❖ Baudrillard, J., 1978. *Cultura y simulacro*, Kairos, Barcelona.
- ❖ Bhabha, H., 1994. *The Location of Culture*, Routledge, London I New York.
- ❖ Braidotti, R., 2002. *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Akal, Madrid.
- ❖ Braidotti, R., 2015. *Lo posthumano*, Gedisa, Barcelona.
- ❖ Butler, J., 2006. *Deshacer el género*, Paidós, Barcelona.
- ❖ Byung-Chul, H., 2018. *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Herder, Buenos Aires.
- ❖ Clynes, M. y S. Kline, 1960. "Cyborgs and Space" (pp. 26-27/74-75), *Astronautics* 5 (9).
- ❖ Cosgrove, D., 2002. "Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista" (pp. 63-89), *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* (34).
- ❖ De Lauretis, T., 1989. "Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction" (pp. 1-30), *Macmillan Press*, Londres.
- ❖ Gray, C. H., 1995. *The Cyborg handbook*, Routledge, New York & London.
- ❖ Gray, C. H., 2011. "Homo cyborg. Cincuenta años después" (pp. 83-104), *Revista Teknokultura* Vol. 8, N° 2, Madrid.
- ❖ Gros, E. M., 2016. "Judith Butler y Beatriz Preciado: una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer" (pp. 245-260), *Civilizar* 16 (30).

- ❖ Haraway, D., 1990. "Cyborgs at large. Entrevista realizada por C. Penley y A. Ross." (pp. 8- 23), *Social Text* 25/26.
- ❖ Haraway, D., 1991. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Feminismos, Madrid.
- ❖ Haraway, D., 1997. *Modest\_witness@second\_millennium.Femaleman@\_meets\_OncoMouse™*, Feminism and technoscience, Nueva York.
- ❖ Haraway, D., 1999. "La promesa de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles" (pp. 121-163), *Política y Sociedad* 30, Madrid.
- ❖ Haraway, D., 2019. *Manifiesto para cyborgs. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales de Siglo XX*, Letra sudaca ediciones, Mar del Plata.
- ❖ Haraway, D., 2020. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Consonni, Buenos Aires.
- ❖ Hooks, B., 2020. *¿Acaso no soy una mujer? Mujeres negras y feminismo*, Consonni, Madrid.
- ❖ Irigaray, L., 2007. *Espéculo de la otra mujer*, Akal, Madrid.
- ❖ Latour, B., 2011. "Love your monsters. Why we must care for our technologies as we do our children" (pp.19-26), *Breakthrough Journal* n° 2, California.
- ❖ Lorca, J., 2010. *Historia de la Ciencia Ficción. Y sus relaciones con las máquinas (de las naves espaciales a los cyborgs)*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- ❖ Merleau-Ponty, M., 1993. *Fenomenología de la percepción*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- ❖ Perera, P. y G. Andrada, 2013. "Dispositivos, prótesis y artefactos de la subjetividad cyborg", *Revista De Estudios De Juventud*, n°102.
- ❖ Preciado, B. P., 2007. "Devenir bollo-lobo o cómo hacerse un cuerpo queer a partir de El pensamiento heterosexual", en: Córdoba, D.; Sáez, J. y P. Vidarte (comps.), *Teoría queer. Políticas Bollerías, Maricas, Trans, Mestizas*, EGALES, Barcelona.
- ❖ Preciado, P.B., 2008a. *Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolíticas*, Espasa, Madrid.
- ❖ Preciado, B. P., 2008b. "Políticas fármaco-pornográficas: hacia una ecología de género" (pp. 105-117), *Parallax*, 14(4). Traducción: Diego Roldán.
- ❖ Preciado, B. 2009. "La invención del género, o el tecnocordero que devora a los lobos", en: *Biopolítica del género*. En línea: <http://capacitacioncontinua.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/25/2016/10/PRECIADO-Biopolitica-del-genero.pdf>. Traducción Joaquín Ibarburu
- ❖ Rich, A., 1987. "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana", en: Rich, A., 1987, *Blood, Bread and poetry*, Virago Press, Londres.

- ❖ Rich, A., 1987. *Blood, Bread and poetry*, Virago Press, Londres.
- ❖ Rubin, G., 1996. "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo", en Lamas, M., *El género la construcción cultural de la diferencia sexual*, Porrúa, México.
- ❖ Sandoval, C., 1991. "U.S. Third World feminism: the theory and method of oppositional consciousness in the postmodern world", *Genders* 10, University of Texas Press, Texas.
- ❖ Sáez, J., 2007 "El contexto sociopolítico de surgimiento de la teoría queer. De la crisis del sida a Foucault", en: Córdoba, D., Sáez, J. y P. Vidarte (comps.), *Teoría queer. Políticas Bolleras, Maricas, Trans, Mestizas*, EGALES, Barcelona.
- ❖ Sibila, P., 2009. *El hombre postorgánico. Cuerpos, subjetividades y tecnologías digitales*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- ❖ Spivak, G. Ch., 1994. "Can the Subaltern Speak?", en: Williams, P. y I. Chrisman (eds.), *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory*, Columbia University Press, Nueva York.
- ❖ Sterling-Fausto, A., 2000. "The five sexes, revisited" (pp.18-23), *The Sciences* 40(4).
- ❖ Swyngedouw, E., 2011. "¡La naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada" (pp. 41-66), *Urban* N° 1, Nueva Serie, Madrid.
- ❖ Wittig, M., 1981. "One is not born a woman", *feminist issues* vol.1, n°2.

## Filmografía

- ❖ Terranova, F., 2016. *Donna Haraway: Story Telling for Earthly Survival*.

